

los regímenes despóticos y tiránicos que fomentan el odio. Un Estado libre y justo, nos recuerda la autora, es para Spinoza uno que respeta la finalidad que debiera regir a todo orden político, colocando el alcance del conocimiento verdadero, el acceso a la comprensión de las esencias de las cosas, como una prioridad. Será aquel que tenga como fin ser gobernado por hombres libres, quienes toman el desafío de conducirse a sí mismos hacia la virtud, aun conociéndose como seres sujetos a múltiples pasiones. Se aclara que la democracia es la forma privilegiada que puede hacerlo posible porque en ella los individuos entregan su derecho al conjunto de la sociedad y tienen la posibilidad de participar en la vida política. Aun así, recuerda la autora, Spinoza reconoce que en democracia hay sujetos que no podrán realizar plenamente su destino. En función de ello se explicitan diferentes actualizaciones que adquiere la destinación en tanto goce de una vida buena y dichosa, que son en definitiva diversas maneras de persecución de la tarea que este proyecto ético demarca. Ellas involucran el cultivo del amor, de las pasiones alegres, el intento constante de aumentar la potencia singular y colectiva y de propiciar relaciones beneficiosas.

De este modo la ética de Spinoza, su sistema, su pensamiento, representa una filosofía de la vida, una apuesta por llevar una existencia plena, libre, activa, feliz, cuya expresión última y suma es el conocimiento esencial del Ser, de la realidad y en definitiva de nosotros mismos, es el conocimiento –se aclara en la Conclusión– que nos colma de amor hacia Dios, hacia todo aquello que nos rodea. En este sentido la autora arriba a una de las consideraciones más profundas de su libro: desde la perspectiva de la destinación, el determinismo de la filosofía de Spinoza no puede iden-

tificarse con una forma de fatalismo, ni tampoco implica un pesimismo o un mero optimismo pasivo. Por el contrario, en la determinación, en ese marco de necesidad, se produce la acción individual y colectiva. Y el camino que conduce hacia esa destinación es un camino válido en la medida en que nos determinamos para el mismo. En este sentido, ha de afirmarse que no hay una causa exterior que lleve al alma hacia la verdad. Por ende, Spinoza nos muestra, señala Sabater, la fuerza de esta inmanencia. Los hombres pueden cambiar su vida a través de su conocimiento y el alcance de aquel saber absoluto en el que descansa su felicidad, su libertad y su destino solo depende de ellos. En lugar de un fatalismo, se trata aquí de un sistema en el cual el individuo puede auto-determinarse para ser libre. Se trata así de un determinismo, argumenta la autora, que lejos de oponerse a la libertad la hace posible mediante la acción. En ese sentido, como se nos señala en el libro, la filosofía de Spinoza resulta fructífera para pensar cómo cambiar la realidad actual, lo cual no sería nada más que abandonar la lógica de los bienes aparentes para embarcarse en la búsqueda de nuestro propio destino.

## Curar la vida de su impotencia: palabras que afloran del nudo en nuestras gargantas

SOLANGE HEFFESSE  
(UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES - ARGENTINA)



Reseña de Rolnik, Suely, *Esferas de la insurrección. Apuntes para descolonizar el inconsciente*, trad. Cecilia Palmeiro, Marcia Cabrera y Damian Kraus, Buenos Aires, Tinta Limón, 2019, 184 pp.

Recibida el 13 de febrero de 2020 -  
Aceptada el 15 de marzo de 2020

*Esferas de la insurrección: Apuntes para descolonizar el inconsciente*, fue publicado en 2019 en Buenos Aires por Tinta Limón, como parte de su colección "Nociones comunes" –una serie editorial compuesta por libros movidos por el propósito de desentrañar los problemas y territorios del presente–. Se trata del segundo y más reciente libro de su autora, Suely Rolnik (Brasil, 1948), que la editorial publica (siendo el anterior: *Micropolítica, Cartografías de deseo* –2013– escrito junto a Felix Guattari). Suely Rolnik es una figura crucial para el pensamiento latinoamericano contemporáneo. Los temas que más la ocuparon en su trayectoria son los modos de producción de las subjetividades, la colonización del deseo y la politización del malestar. Estuvo presa a manos de la dictadura militar en Brasil y luego se exilió en París entre los años 1970 y 1979, donde estudió psicoanálisis y se diplomó en Filosofía, Ciencias Sociales y Psicología. Allí también se vinculó con Felix Guattari y con los movimientos de antipsiquiatría de aquel entonces. La formación transdisciplinar de Rolnik (ella es psicoanalista, crítica cultural y curadora de arte, y profesora y traductora de *Mil mesetas* al portugués) se hace notar en los tres ensayos que componen a este libro-gusano (en palabras de quien lo prologa, Paul B. Preciado, p. 17) cuyo objeto central es la "Descolonización del inconsciente". Enigmática formulación. En otras palabras, su objeto es producir resonancias que den lugar a palabras y acciones que emerjan de los nudos en la garganta de sus aliadxs y lectores. Libro-gusano que apunta a crear y hacer aflorar a una nueva izquierda, "la izquierda bajo la piel" (p. 9) amiga de una escucha y de un pensar profundos, en los que germinan nuevos mundos virtuales y posibles –en línea con Gilles Deleuze, cuando éste afirma que ser de izquierda significa tener necesidad de que la gente piense

(Deleuze, G., *Conversaciones 1972-1990*. trad. José Luis Pardo, Pre-textos, Valencia, 1995, p. 177)–. Sin duda la atmósfera tóxica de nuestra situación actual a nivel global (neoliberalismo, capitalismo tardío o post capitalismo financierizado) torna urgente activar ese pensar: un pensar que nunca es contemplativo ni ocioso, sino aquel que se hace desde el cuerpo y con los otros. Pensar que de acuerdo con Rolnik no es otra cosa que la misma práctica de sublevarse (p. 32), puesto que lo uno no avanza sin lo otro (p. 33). Pensar con el cuerpo, decimos, y desde las fuerzas que lo atraviesan. Tal pensar es una protesta del inconsciente que no puede llevarse a cabo sin aliadas (p. 25). ¿En qué consiste esa protesta? ¿Por qué resultaría necesario e indispensable resistir en la esfera de la producción de subjetividad, y ante todo, desde la propia de cada uno? ¿Qué significa resistir en ese plano? ¿Por qué no se trata ésta de una batalla superflua o individualista? (p. 32) A lo largo de este libro, la escritura de Rolnik establece un vaivén que gira en torno a estas y otras preguntas urgentes.

En primera instancia podemos encontrar una respuesta en el hecho de que “en cualquier régimen, es el modo de subjetivación que en él se produce lo que le imprime su consistencia existencial, sin la cual no se sostendría” (p. 30). Resulta que, así como no hay régimen dominante que pueda sostenerse sin impulsar a su vez un modo de producción del deseo, tampoco puede haber cambios en las formas establecidas de la realidad sin que haya paralelamente un cambio en el modo de subjetivación dominante (p. 96). El principio que rige la producción de subjetividad en el régimen vigente –cuyas dinámicas Rolnik se esfuerza cuidadosamente en precisar– es el abuso o *cafisheo* de la vida como fuerza de creación en

todas sus formas –y no solamente bajo la forma de la fuerza de trabajo–. *Cafishear* es un neologismo del verbo “cafetinar” que significa proxenetizar (p. 20) y que en portugués se utiliza para hablar del uso instrumental de los otros. Con él Rolnik se refiere a la entrega de la pulsión vital cuando esta no es más que una sumisión gozosa a las dinámicas del régimen dominante. Mediante este concepto se intenta hacer sensible que la alienación o extracción de plusvalía ha devenido en una expropiación profanadora de la fuerza vital que abarca a “todos los elementos que componen biosfera,” incluyendo también a los planos que componen al ecosistema planetario: la tierra, el aire y el agua (p. 93). Descolonizar el inconsciente significa entonces, en primera instancia lograr que ocurran, o bien producir, desplazamientos vitales que permitan hacer frente al escenario hegemónico de abuso que está dominado por ese principio.

Adentrándonos en su obra, notamos que Rolnik no se limita a comentar sino que busca crear los conceptos propios de un pensamiento descolonizado, de una pragmática clínico-política (p. 34) que pueda “hacernos comprender la naturaleza micropolítica del malestar que nos habita: ayudarnos a entrar en el malestar y permanecer allí juntos, para poder imaginar estrategias colectivas de fuga y de transfiguración” (pp. 14-15). Son urgencias que están ancladas en nuestros cuerpos, palabras que nos fecundan y que necesitan germinar. En los tres ensayos hilvanados que componen este libro, junto con un preludio, el prefacio de Preciado al que ya nos referimos y una conclusión titulada “Diez sugerencias para una incesante descolonización del inconsciente” (pp. 175-177), es notable cómo la autora opera un cuidadoso trabajo sobre las palabras para decir mejor

esas urgencias. Entre los textos hay ideas que se repiten, pero esto no responde a una voluntad excesivamente pedagógica sino al propósito de refinar los modos de nombrar y la escucha de los matices a los que tales conceptos se abren. Se inspira en este aspecto en la imagen guaraní de la garganta (*hay'o*), que se dice también “nido de las palabras alma” (*ñe'e raity*):

las palabras tienen alma, el alma de los mundos actuales o en germen que nos habitan [...] ellos [los guaraníes] saben igualmente que hay un tiempo propio para su germinación y que, para que esta sea llevada a término, el nido tiene que ser cuidado. Estar a la altura de ese tiempo y de ese cuidado para decir de la manera más precisa posible aquello que sofoca y que produce un nudo en la garganta y, sobre todo, lo que está aflorando frente a aquello para que la vida recobre un equilibrio; ¿no será ese el trabajo del pensamiento propiamente dicho? ¿No estará exactamente en eso su potencia micropolítica? ¿No será eso lo que define y garantiza su ética? (pp. 22-23).

Aprender a nombrar y decir aquellos nudos que están en nuestras gargantas. Crear conceptos adecuados para “desnuesteciar nuestra vulnerabilidad” y poder habitarla (p. 175), pero a su vez, sin romantizarla. Liberar a la vida de su proxenetización o *cafisheo* (p. 34). Con estos recursos Rolnik elabora un esquema de análisis propio de una política del subsuelo, contribuyendo a la construcción de una nueva izquierda, más sensible a la dimensión micropolítica de las luchas, así como una poderosa herramienta de análisis y comprensión de la realidad contemporánea (lo cual se demuestra en forma cabal cuando examina el guión del nuevo tipo de golpe que tuvo lugar en Brasil en el último ensayo del libro, “La nueva modalidad de golpe: una serie en tres temporadas” pp. 133-174).

¿Cuál es el nudo en la garganta a partir del cual estos textos emergen? Por un lado, la asfixia y la toxicidad del clima contra-revolucionario de expansión del capitalismo actual en su pliegue financierizado, en nuestra región y a nivel global (el primer ensayo fue escrito en el año 2012, momento de eclosión de los movimientos sociales a nivel mundial, mientras que los dos últimos fueron escritos entre 2016 y el inicio de 2018, “ya al calor del ascenso de las fuerzas reactivas pero también al calor de un nuevo tipo de activismo que entrelaza en sus acciones las esferas macro y micropolítica”, p. 19). Por otro lado, la angustia frente al divorcio entre las esferas macropolítica y micropolítica de los activismos sociales, desde los años 60 y 70, algo que Suely misma ha vivido como una experiencia trágica e incluso traumática. Así lo sostiene en una entrevista publicada en Página/12 en septiembre del pasado año:

Como tengo 71 años empecé el libro en un momento de mi vida donde tengo más claridad de cómo intervenir políticamente, en una especie de reconciliación con la posibilidad de establecer un diálogo entre la dimensión de la macropolítica y la micropolítica. [...] Ese trauma no es solo mío, es de mi generación, y emerge en contexto de otras revoluciones. En mi experiencia ese trauma viene de los años 60 como una relación imposible entre los que estaban en la lucha macropolítica (izquierdas y lucha armada) y quienes estaban en la contracultura. Vivía con angustia la imposibilidad de juntar mi ser de izquierda (que para mí significa simplemente no querer este estado de desigualdad y de injusticia, naturalizado en el régimen capitalista, colonial, racializante con el establecimiento delirante de la idea de raza) y mi experiencia de politización de la subjetividad y sus modos de vida, porque las personas involucradas en la macro mantenían intacta la política de subjetivación del régimen colonial capitalístico, lo que se manifestaba por ejemplo en el machismo. (“La izquierda

bajo la piel”, entrevista realizada por Cecilia Palmeiro y Verónica Gago, 13 de septiembre de 2019, <https://www.pagina12.com.ar/217712-la-izquierda-bajo-la-piel>).

Esta es una de las apuestas centrales de este libro: plantear la necesidad de articular ambas esferas de la experiencia y del combate en nuestras estrategias, nuestros diagnósticos y nuestras prácticas de resistencia. Superar la “nefasta dicotomía” entre la macro y la micropolítica (p. 131) que solo contribuye a la reproducción infinita del *status quo* (p. 130). Rolnik trae a la superficie los efectos de dicho trauma en su propia experiencia como activista para polinizar a sus posibles aliadxs, porque el tiempo pasa, y ese divorcio teórico-práctico muchas veces se sigue sosteniendo en pie. Esto no quita que tales esferas no tengan sus propias dinámicas diferentes, sino tan solo que debemos esforzarnos por precisarlas mejor (a eso se aboca particularmente Rolnik en el segundo ensayo de este libro). Descolonizar el inconsciente es entonces, también, impedir que nuestro pensamiento vea su dominio reducido únicamente a la esfera macropolítica (p. 173).

Pero debemos todavía precisar mejor a qué nos referimos con ambas esferas y sus dinámicas. En su primer ensayo, “El inconsciente colonial-capitalístico” (pp. 25-88), Rolnik sienta las bases de su esfuerzo teórico, al que como hemos dicho llama “pragmática clínico política”. En primer lugar establece una clasificación de los tipos de movimientos sociales que eclosionan desde los años 1960 y 1970, y luego también entre los años 2000 y 2008 en los momentos de mayor toxicidad del sistema capitalista: el primero actúa específicamente en la esfera micropolítica (por ejemplo, el movimiento punk o el hippismo), el segundo se caracteriza por la acción si-

multánea en ambas esferas (sus ejemplos son el movimiento feminista, el movimiento negro, y el movimiento LGBTQI en Brasil) y finalmente el tercero que se caracteriza por operar específicamente en la esfera macropolítica (por ejemplo el Partido de los Trabajadores en Brasil, o el movimiento de los Sin Tierra –MST–, que coinciden en distintos países de la región con un ascenso de gobernantes de izquierda en algunos países del continente a comienzos de la década del 2000, “luego de un periodo de reconstitución de la democracia, con el fin de las dictaduras”, pp. 26-27). Estas nuevas formas de activismo –cada tipo en cierta medida– conducen a reformular las nociones de resistencia y de lo que es la propia política, ya que no tienen por techo la disputa por la ampliación de la igualdad de derechos civiles –insurgencia macropolítica–, sino que también buscan expandirla micropolíticamente “hacia la afirmación de otro derecho que engloba todos los demás: el derecho a existir” (p. 20).

Los debates que suscitan estos distintos tipos de activismo llevan a plantear la pregunta por el modo de relación entre el capital y la fuerza vital propia del régimen del capitalismo actual. La explotación de la pulsión vital que este régimen lleva adelante (a la que Rolnik denomina “inconsciente colonial capitalístico/*cafishístico*”) no se reduce a la extracción de la vida como fuerza de trabajo solamente (como sucedía en el fordismo) sino a la propia vida como fuerza de creación, transformación y cooperación. “En su nueva versión, es la propia pulsión de creación individual y colectiva de nuevas formas de existencia, y sus funciones, sus códigos y sus representaciones lo que el capital explota, haciendo de ella su motor” (p. 28). La explotación ya no es puramente económica sino también “intrínseca e indisociablemente” cultural,

subjética y ontológica (p. 28), por estar referida a los modos en los que experimentamos la alteridad. En este marco, la resistencia no es guiada por una lógica oposicional (p. 79), sino que deviene un “esfuerzo de reapropiación colectiva de esa potencia” para contribuir a la construcción de “lo común”, a lo que Rolnik define como “el campo inmanente de la pulsión vital de un cuerpo social, cuando este la toma en sus manos, de manera tal de direccionarla hacia la creación de modos de existencia para aquello que pide paso” (p. 29) –en diálogo con el “capitalismo cognitivo” de Hardt y Negri, pero también con Lacan y João Percepción de la vida de su proxenetización. Existen dos extremos posibles, ficcionales (porque de hecho se trata de un abanico muy amplio de posibilidades mezcladas entre sí), a los que Rolnik toma como criterio para distinguir los tipos de formación del inconsciente: la ciega entrega y la reapropiación que se torna viable (p. 34). Rolnik las ejemplifica recurriendo al arte: la obra *Caminhando* (1963) de Lygia Clark, que funciona como ejemplo de cómo la activación de la potencia política se vuelve posible por medio del arte. La obra consiste en una cinta de Möbius, “una superficie topológica en la cual el extremo de uno de los lados tiene continuidad en el reverso del otro” (p. 35) por la que puede comprenderse la relación paradójica y a su vez recíproca entre las formas y las fuerzas que constituyen a esa misma superficie topológico-relacional. Podemos distinguir entonces, por un lado, el plano de las formas que refiere a la expe-

riencia inmediata que tenemos del mundo actual: los códigos y hábitos culturales que nos permiten ubicarnos en la vida social, los cuales se captan por vía de la cognición (percepción y sentimiento, o emoción psicológica). Esto es: la capacidad “personal-sensorial-sentimental-cognoscitiva” por la cual existimos socialmente. En este plano la experiencia de la subjetividad se produce como reducida a la de un “sujeto” (p. 46). Por otro lado, existe el plano de las fuerzas que se plasman en nuestros cuerpos “en su condición de vivientes” y que resultan de “los encuentros que tenemos –con gente, cosas, paisajes, ideas, obras de arte, situaciones políticas u otras, etc. (p.46-47)”. Encuentros que producen otras maneras de ver y sentir porque alteran el diagrama de fuerzas vigente. Este ámbito corresponde a lo que Deleuze y Guattari llaman *perceptos* y *afectos* (“emoción vital”) en tanto que cada cual excede a la percepción y a la emoción psicológica. Perceptos y afectos que no tienen nada que los exprese en el plano de las formas, pero no dejan de ser reales puesto que “se refieren a lo vivo en nosotros mismos y fuera de nosotros” (p. 47). Rolnik lo llama un “saber-del-cuerpo”, “saber-de-lo-vivo” o “saber eco-etológico”, refiriéndolo a la experiencia de lo extra-personal y extra-cognitivo que también nos compone. Esa dimensión es el efecto del modo en que las fuerzas del flujo vital del mundo y sus relaciones nos afectan en tanto que somos un cuerpo vivo que también lo integra. “El mundo –dice Rolnik– vive efectivamente en nuestro cuerpo y produce en este gérmenes de otros mundos en estado virtual. La pulsación de esos mundos larvarios en nuestro cuerpo nos lanza a un estado de extrañeza” propio de un “sujeto” que existe en modo disociado o enajenado de su condición de viviente (p. 48). En las sociedades occidentales prima la paradoja entre estas dos esferas

de lo vivo, conduciendo a una tensión constante que tiende a negar la posibilidad de habitar la esfera de lo no-personal. Sumida en estas y otras tensiones (por ejemplo la de conservación de las formas actuales y la de conservar la vida como potencia de germinación de otras nuevas), se produce un malestar, un signo de pregunta inherente al inconsciente pulsional y que resultará el motor de los procesos de subjetivación que tendrán lugar a partir de él. Signo de pregunta que introduce “la pulsación de un nuevo problema” y que llama al deseo a actuar (p. 49).

Hay nuevamente dos tipos extremos de posición del deseo ante la urgencia de actuar que tal signo de interrogación provoca: una, sumisa, en la que se produciría una entrega total de la pulsión vital, y otra, al extremo desviante y capaz de reapropiarla (p. 52) (retomando el ejemplo de la obra de Clark, se trata de dos polos: el que opera el corte siempre en el mismo lugar de la cinta, generando la repetición de un único recorrido, y aquel que se deja guiar por la experimentación y por los signos de pregunta que van suscitando cortes en distintos lugares). La micropolítica activa se define entonces como aquella que logra “la invención de algo –una idea, una imagen, un gesto, una obra de arte, entre otros; pero también un nuevo modo de existencia, de sexualidad, de alimentación, una nueva manera de relacionarse con el otro, con el trabajo, con el Estado o con cualquier otro elemento del entorno” (p. 54). Esto quiere decir que la micropolítica activa no es solamente una política de experimentación del afuera del sujeto: es la experiencia del *entre* o del choque, de lo que sucede entre ambas esferas a su encuentro, porque es una modalidad de la política que busca introducir una diferencia en el plano de las formas a partir de la escucha y el contacto con la extrañeza,

con la paradoja entre el plano del sujeto y el plano de las fuerzas fuera-del-sujeto que lo excede.

En el caso de una micropolítica activa el deseo es guiado por una brújula ética que lo conduce a su “destino ético”: encontrar los puntos de la superficie del mundo que se podrían perforar, en pos de las demandas de una vida más plena y de un nuevo equilibrio para la pulsión vital (pp. 57-58); “ser agente activo de la creación de mundos, propio de una subjetividad que apunta a ubicarse a la altura de lo que le sucede” (p. 58). En el extremo opuesto, el modo de agencia de la micropolítica reactiva se guía por una brújula moral, evitando los signos de interrogación, para atravesar la experiencia del mundo por los puntos ya establecidos, en una posición que viabiliza la expropiación de las fuerzas de creación, movida por el terror a la disolución del mundo actual, al que vive como el único posible (p. 59). Dicho agente vive el malestar como algo malo, por lo que bloquea la interpelación que este viene a plantearle. Su experiencia del mundo se reduce a la de una relación de consumo que establece con las imágenes que el mercado le ofrece para identificarse: una gran variedad de discursos identitarios y pseudo-psicoanalíticos, religiosos, pero también rituales, recetas, clichés y medicamentos de la industria farmacológica que le sirven de resguardo. Un alivio provisorio con el que poder hacer frente a ese temor. Y dado que el malestar es vivido como algo malo, resultará obligatorio encontrar un culpable para castigarlo. Rolnik sostiene que hay nuevamente dos opciones (de inspiración nietzscheana) en cuanto a la posición del culpable: su introyección al propio sujeto –la mala conciencia– o bien la proyección hacia un otro que cumple el rol del villano o del chivo expiatorio en el cual se canalizan

los sentimientos de odio, resentimiento y temor. Estas dos maneras de ser de la micropolítica reactiva conducen a un mismo efecto: “una especie de anemia vital” de la que resulta “la eterna reproducción de las formas del mundo en su actual configuración” (p. 67). La subjetividad se disocia aun más de lo que le sucede, debilitándose la potencia de acción y creación colectivas sin las cuales no es viable la construcción de lo común.

La potencia de creación degradada se convierte en mera “creatividad”, disociada del saber-del-cuerpo, dejando lista a la pulsión vital para ser *cafishheada* por el capital, bombardeada por las imágenes y narrativas producidas por los medios de comunicación en su alianza con los sectores de poder económico más concentrado y con los poderes judicial y legislativo. Pero ese agarre es efectivo porque primariamente el deseo ha dejado de actuar “en sintonía con lo que la vida le demanda” desviándose de su función ética (p.68). Y el veneno enquistado que así se genera se expande, intoxicando a toda la trama relacional de la vida y produciendo nada más que vidas estériles y genéricas (p. 69).

Al perfeccionarse el abuso de la vida, el capitalismo en su pliegue actual (a diferencia del fordismo) genera subjetividades flexibles y frágiles, “formas de existencia de las cuales se extrae libremente capital económico, político y cultural” (p. 69), ya que éstas se sacrifican gozosamente, convirtiéndose en potencia reactiva de sumisión. Descolonizar el inconsciente significa entonces también “desobstruir cada vez más el acceso a la tensa experiencia del extraño-familiar” (p. 175), que es el efecto de todo lo que es otro en nosotros, buscando abrirse a la experiencia de esa fragilidad sin interpretarla como negativa, evitando elaborar a partir de ella proyecciones fan-

tasmáticas que funcionan como falsas explicaciones para la causa del malestar, que siempre conducen a discursos centrados en la culpa, ya sea la propia o la de un otro cualquiera (p. 176).

En cuanto al segundo ensayo, titulado “Insurrecciones macro y micro política. Diferencias y entrelazamientos” (pp. 89-132), me interesa destacar tres momentos. El primero es el planteo acerca del rol del psicoanálisis en este intento de descolonización del inconsciente y la precisión de la noción de pulsión vital a partir de remisiones a la obra de Freud, Nietzsche, y Deleuze y Guattari. El segundo, es la pregunta por la impotencia de la izquierda tradicional para resistir en el escenario actual. Y por último, la comparación entre las dinámicas de ambas esferas.

Para empezar, habíamos dicho que el inconsciente colonial-capitalístico es la modalidad vigente del régimen de producción de subjetividad, y que ésta opera por medio del abuso de la vida en tanto fuerza de creación o pulsión vital, redirigiéndola hacia una expoliación profanadora de la vida al nivel de la biosfera (p. 93). Rolnik retoma el concepto de pulsión que proviene del psicoanálisis, con la excepción de que éste lo carga con un sesgo antropocéntrico –por referirse según Freud a “la especificidad de la fuerza vital en los humanos”, contraria a la noción de “instinto” que Freud adjudica a lo animal–. Para Suely la diferencia con el animal no pasa por su capacidad o incapacidad expresivas, sino meramente por el hecho de disponer de un lenguaje de expresión y creación que sería más complejo. (Si hay algo que para la autora puede tomarse como exclusivo de la especie humana, esto sería la tendencia reactiva de actuar en contra de la vida, p. 104).

A partir de esta reformulación, Rolnik dis-

cute con el concepto de pulsión de muerte –siguiendo a Deleuze–, para señalar que la pulsión es siempre de vida: siempre es voluntad de potencia (según la entiende Nietzsche, p. 95). Esto quiere decir que su destino reactivo es también una modalidad de la afirmación, tanto como su destino en el polo activo de la agencia (p. 95). Se trata de una diferencia de grado, de la más reactiva a la más activa, siendo la pulsión de muerte su grado más bajo, pero aún así, potencia de vida. Este punto de vista permite pensar al campo pulsional como plenamente positivo, y disponer de un criterio claro para distinguir las formas de existencia individuales y colectivas (p. 95) en sus polos de máxima afirmación o de máxima amenaza de “caer en la melancolía o en la pura reactividad” (p. 96).

Pero además y por sobre todo, pensar positivamente al plano de la pulsión le permite a Rolnik “extraer del psicoanálisis su potencia política o, más precisamente, a activarla en su esencia micropolítica” (p. 96), es decir, la posibilidad de operar una reconexión no solo teórica sino también práctica con el saber propio de nuestra condición de vivientes (saber-de-lo-vivo). Esta sería otra de las apuestas teóricas de Suely: porque si bien es cierto que –tal como muestran Deleuze y Guattari– en la historia del psicoanálisis predomina una vía por cuya práctica éste conduce a la subjetividad a normalizarse según el régimen dominante, sometiéndose a una serie de fantasmas edípicos (por lo cual puede decirse que el psicoanálisis no sería más que una ciencia del inconsciente colonial-capitalístico), Rolnik sostiene que este también incluye una potencia clandestina de desvío con relación a la medicina y a la psicología desde su época fundacional, constituyéndose así como una línea de fuga que hace posible la recuperación de la pulsión vital (pp. 96-97).

El psicoanálisis llega pues a comprenderse como “un dispositivo esencial de la insurrección micropolítica”, no sólo en el plano de la práctica individual sino también en el campo social (p. 97). Pero esto es así únicamente a condición de someterlo a un “doble proceso de descolonización y de despatriarcalización”, tal como señala Preciado en su prólogo. Doble proceso que deviene posible por la puesta en conjunción que hace Rolnik de las preguntas por la economía política del deseo planteadas por autores como Jean Oury, Franz Fanon y Félix Guattari, con el contexto de despliegue del neoliberalismo y con las políticas de descolonización y recolonización de finales del siglo XX y principios del siglo XXI, a su retorno a Brasil tras el exilio (p. 13). En palabras de Preciado, en la revolución esquizoanalítica que tales desplazamientos teóricos anuncian, “Suely apuesta por una práctica analítica que funcione como una política de subjetivación disidente, permitiendo la reapropiación de la potencia vital de creación y de lo que ella llama el «saber-del-cuerpo»” (p. 14) cuya condición de posibilidad “es «sostener el malestar» que genera en los procesos de subjetivación introducir una diferencia, una ruptura, un cambio” (p. 14), es decir, el encuentro con todo lo otro. No para convertir ese malestar en angustia ni para gozar de él, sino para abrir paso a su “gestión colectiva y creativa [...] para permitir la germinación de otros mundos” que se encuentran sofocados por las formas de lo actual (p. 14), donde prima la interrupción de los procesos de germinación de la vida colectiva (p. 104).

En segundo lugar, en este ensayo Rolnik sostiene que la izquierda tradicional permanece impotente ante los desafíos del escenario actual porque su visión permanece reducida a la esfera macropolítica de la experiencia del sujeto: aún cuando

trate de abordar los modos de vida –lo que constituiría una dimensión micropolítica–, lo hace desde una perspectiva que reduce su capacidad de análisis a figuras identitarias sólidas, que se limitan a las relaciones tradicionales de clase y a las versiones de insurrección originadas en el capitalismo industrial, limitándose a abogar por la “inclusión” o ampliación del acceso a derechos civiles (p. 108). Esta perspectiva descuida que el conflicto debe ser remitido a su base micropolítica, “sobre la cual todo y cualquier régimen socio-político-económico-cultural adquiere su consistencia existencial” (p. 102), y que son las distintas formaciones del inconsciente de las que se componen ese campo social que luego es estratificado (de las más reactivas a las más afirmativas). “Así pues, es del enfrentamiento entre políticas del deseo que se constituye el campo de batalla en la esfera micropolítica” (p. 102). Pero las izquierdas tradicionales, por limitarse al punto de vista macropolítico “tienden a tomar la cartografía dominante como la referencia, absoluta y universal, según la cual todas las demás deberían moldearse” (p. 109). Es decir que concede el escenario hegemónico de la producción de subjetividad tal como viene planteado, cuando lo que se necesita es contradecir la violencia que se efectúa en ambas esferas, tanto en el plano macropolítico del juego de relaciones de poder opresor-oprimido, como en el plano micropolítico: interrumpir la escena y abandonar los personajes y políticas del deseo que la integran para formular otras nuevas que dejen de estar guiadas por el inconsciente colonial-capitalístico, porque de acuerdo con Rolnik, sin la reapropiación de la vida no hay posibilidad de una transformación efectiva de la situación actual (p. 111). Reconocer este punto de partida resulta imprescindible para dejar la impotencia de lado y para avanzar hacia una exploración

de los posibles entrecruzamientos teóricos y pragmáticos que pueden llevarse a cabo en una lucha que tiene lugar en ambas esferas (p. 111).

El tercer momento importante de este ensayo es pues la comparación de las dinámicas de las insurrecciones macropolíticas (que tienden hacia una ampliación de la igualdad de derechos) y de las insurrecciones micropolíticas (que tienden a liberar la vida de su expoliación). Rolnik establece siete puntos de comparación, con el objetivo es elaborar herramientas que contribuyan a la Descolonización del inconsciente.

En primer lugar, ambas dinámicas se diferencian en el foco: uno es visible y audible (su blanco de lucha son las asimetrías en las relaciones de poder: clase, raza, género y sexualidad, religiones, etc.); el otro es invisible e inaudible, situado en la tensión entre el sujeto y el fuera del sujeto, su foco es “el abuso perverso de la fuerza vital de todos los elementos de la biosfera” (p. 112).

En segundo lugar, sus agentes potenciales: solo humanos y principalmente los que ocupan posiciones subalternas en el tejido social por un lado (vinculados entre sí por relaciones de opresión); humanos y no humanos (todos los elementos de la biosfera, por ejemplo los ríos que pueden cambiar de su curso) por el otro. En cuanto al elemento humano, las respuestas varían según cada cultura, pero bajo el inconsciente colonial capitalístico prima el trauma y la consiguiente respuesta reactiva por la que el deseo se aferra al *status quo*, dando lugar al surgimiento de “hordas de zombis conservadores que vienen poblando el planeta en cantidades cada vez más alarmantes” (p. 114). Sin embargo, cuando logra darse una respuesta activa ante la interrogación de lo extraño-familiar, se potencia el deseo de actuar a favor de la descolonización del

inconsciente, y “la posibilidad de habitar simultáneamente al sujeto y al fuera del sujeto” (p. 114). No hay en este caso un agente revolucionario privilegiado: todos estamos sumidos bajo el régimen colonial-cafisteístico, y nuestra tendencia a resistirlo “no depende de nuestro lugar en la cartografía social, económica y cultural” (p. 114), aunque por otra parte, las posiciones que se tienen en la esfera macropolítica también tiene efectos en la esfera micropolítica: por ejemplo, en el caso de las clases subalternas la situación de opresión –macropolítica– tiene efectos de humillación transgeneracionales, lo cual conduce a una mayor tendencia de lastimar su pulsión vital. Tal es así con los traumas de clase, raciales o de etnia, que se heredan y resultan difíciles de superar. Ante este doble trauma, puede suceder que las respuestas del deseo tiendan a un mayor endurecimiento conservador –Rolnik cita por ejemplo “la parcela de clases desfavorecidas que, en este momento, apoya fervientemente a Jair Bolsonaro o aquella que reivindica el regreso de la dictadura militar en Brasil” (p. 116)–, pero también sucede que se hacen viables nuevas respuestas activas a partir de una reconexión con el saber-de-lo-vivo, alcanzando un grado de lucidez que les permita disputar en contra de la opresión en ambos niveles (tal es el caso de los movimientos LGBTQI). Los mismos extremos se dan también en el caso de las clases dominantes, si bien al no experimentar la humillación de clase o racial, “la señal de alarma sea menos estridente en su subjetividad” (p. 117). Lo cual puede conducir a una exaltación de sus privilegios materiales como ideal de vida generalizado, pero también, y quizás paradójicamente, puede reconducir al deseo a actuar en diversas prácticas creadoras, reconectándose con el saber de lo vivo, por ejemplo, por medio del arte, o de distintos movimientos

de activismo social, de género, ecológicos, etc. Rolnik sostiene que la variedad de respuestas en este punto no admite generalización, ya que “las dinámicas en la esfera micropolítica son más complejas y paradójicas que las de las posiciones que cada uno ocupa macropolíticamente en la sociedad” (p. 118), no habiendo garantías con relación a un supuesto sujeto-agente privilegiado de la revolución.

En tercer lugar, lo que mueve a sus agentes desde el punto de vista macropolítico es “la voluntad de «denunciar», en palabras y acciones, las injusticias propias de la distribución asimétrica de derechos en las formas del mundo vigentes” (p. 119), es decir, de las relaciones de opresores y oprimidos. Se apunta a la toma de conciencia sobre todo de los grupos subalternos por voluntad de empoderarlos. Mientras que, desde el punto de vista micropolítico, lo que mueve a sus agentes es “la voluntad de perseverancia de la vida que, en los humanos, se expresa como impulso de «anunciar» mundos por venir, en un proceso de creación y de experimentación que busca expresarlos” (p. 119).

En cuarto lugar, en cuanto a la intención, la insurrección macropolítica apunta al empoderamiento del sujeto (liberarse de la opresión para dar lugar al habla y a la existencia en el plano de las formas sociales, llevando en última instancia a la instauración de un Estado más democrático), mientras que la intención micropolítica es la de una potenciación de la vida: “reapropiarse de la fuerza vital en su potencia creadora [...] lo que implica habitar el lenguaje en los dos planos que lo componen: el de la expresión del sujeto y el de fuera-del-sujeto que le da movimiento y transforma el lenguaje” (p. 120). Potenciar la vida sería entonces algo distinto a empoderar al sujeto. Implicar a los cuerpos en un proceso de experi-

mentación que afirma la vida y busca dar expresión a su movimiento pulsional es algo distinto a generar una explicación que nos proteja o alivie temporariamente. Y “pensar es «implicarse» [corporalmente] en los movimientos de desterritorialización que dichos gérmenes de mundo disparan” (p. 81)

En cuanto a los criterios de evaluación de las situaciones, la macropolítica opera bajo un criterio moral, racional, guiado por el juicio propio de un sujeto, cuya brújula apunta a un sistema de valores que son los de las formas de existencia vigentes. Mientras que la micropolítica opera con un criterio pulsional y su brújula ética, que apunta a lo que la vida pide como condición para perseverar cada vez que se ve asfixiada. Un poder de evaluación propio de los afectos por los que accedemos a la experiencia fuera del sujeto. (p. 122).

Con respecto a los modos de operación, Rolnik sostiene que la insurrección macropolítica opera por negación: se “combate *contra*” la opresión, la explotación y la distribución de poderes actuales, en un escenario que es el de la oposición de intereses propio de la lucha de clases. Mientras que la micropolítica opera por afirmación: “se «combate *por*» la vida en su esencia germinativa [...] buscando no ceder al abuso de la pulsión” (p. 122) atravesando los efectos de despotenciación vital y de trauma que tal abuso suscita en los cuerpos, con el objetivo de neutralizar tales efectos “lo máximo que se pueda, a cada momento y de cara a cada situación” (p. 122). Resistir al abuso en nuestra propia subjetividad es la forma primera de resistir al poder del inconsciente colonial-capitalístico. Rolnik toma por ejemplo al movimiento de mujeres, advirtiendo que para no quedar prisionero de una lógica de oposición al Hombre, resulta necesario incorporar la esfera

micropolítica al combate: desertar el papel (sea de oprimido u opositor) en el guion del machismo “transfigurándose en otro(s) personaje(s) o simplemente abandonando la escena” (p. 123). Según Rolnik, esa es precisamente la operación que los nuevos activismos en los ámbitos de la raza, el sexo y el género vienen llevando adelante, lo cual viene dando lugar a respuestas cada vez más reactivas (tales como el aumento del conservadurismo y de la cantidad de femicidios) pero también a respuestas activas que pueden conducir a nuevas escenas en el paisaje social, formaciones de otro régimen del inconsciente que se aparten de guion y de los papeles del machismo (pp. 124-125), generando por ejemplo nuevas masculinidades, nuevos modos de existir y relacionarse. En resumen, si la macropolítica tiene por objeto “redistribuir los lugares al interior de las relaciones de poder” (p. 125), la insurrección micropolítica apunta a “desmantelar tales relaciones, disolviendo sus personajes, sus respectivos papeles y la propia escena” (p. 125), combate que conduce a un devenir-otro por la tensión –de lógica paradójica y no dialéctica– entre un movimiento que tiende a la conservación del sujeto y otro que viene de fuera del sujeto y que impulsa a esa subjetividad a conservar la vida en tanto potencia de germinación (p. 125).

En cuanto a los modos de cooperación, la insurrección macropolítica tiende a agruparse “por la vía de una reconocimiento identitaria para construir movimientos organizados y/o partidos políticos” (p. 127) con el fin de plantear demandas concretas de un segmento de la población, en función de su posición social en tanto que “personas” o sujetos. Por otro lado, en la insurrección micropolítica, quienes se movilizan tienden a agruparse “por la vía de la resonancia entre frecuencias de afectos para la cons-

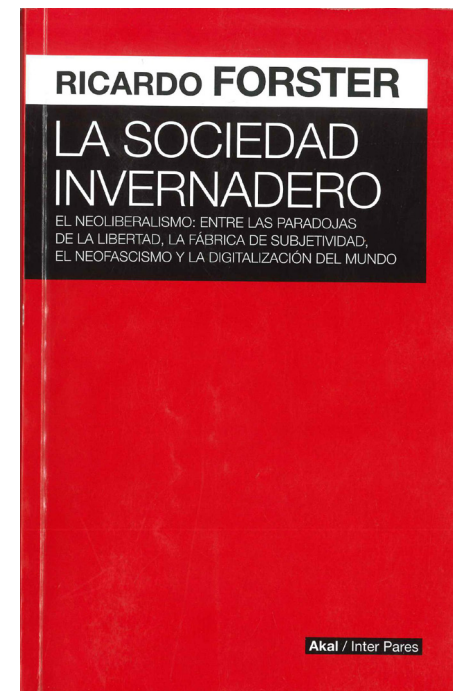
trucción de lo «común» (p. 128). Una resonancia intensiva que se teje en múltiples redes entre grupos que pueden ser muy diferentes, unidos por las urgencias de los gérmenes de mundo que tienen en común, creando territorios y relaciones "temporales, variados y variables" (p. 129) en los que se potencian experiencias colectivas distintas de las hegemónicas, donde se compone un cuerpo individual o colectivo que resulta capaz de repeler el cafisheo de la potencia vital. "De tales reapropiaciones colectivas de la pulsión depende la posibilidad de constitución de campos favorecedores de la emergencia de un «acontecimiento» –es decir, la emergencia de una transfiguración efectiva en el tejido social" (p. 129).

Finalmente en el último ensayo de este libro, Rolnik propone un análisis de la nueva modalidad de golpe que fue llevado adelante en Brasil, pero antes embrionariamente en Paraguay. En el caso de Brasil, estudia cómo el rol de los medios de comunicación y sus alianzas con sectores neoconservadores y neoliberales (donde prefijo "neo" –dice– solo tiene sentido porque se articula con condiciones históricas diferentes a las anteriores), como si estuviese presentando un guión plenamente construido, como si fuera una serie televisiva. En dicho análisis, todos los elementos teóricos expuestos hasta el momento, convergen para tender a la plena comprensión de cómo funciona el abuso de la vida, violentando las esferas micro y macropolíticas, mostrando muy bien como desde esas instancias de poder se lleva adelante un proceso micropolítico de destrucción del imaginario democrático (p. 154), que culmina con el impeachment de Dilma Rousseff. Rolnik muestra que el nuevo poder financiarizado e hiperconcentrado (por la aparentemente paradójica alianza entre los sectores neo-conservadores y neo-liberales)

precisa subjetividades flexibles y creativas –pero también frágiles–, movidas por el deseo, a las que resultará más sencillo *cafi-shear* o expoliar de su potencia, generando así los nuevos odios y pasiones anti-sistema que serán encausados hacia opciones macropolíticas cada vez más reaccionarias y de derecha. Rolnik analiza los ejemplos de cómo pretendidas leyes o propuestas y medidas regresivas (leyes laborales, en contra de la educación o de expropiación de tierras indígenas) tienen por objeto ampliar un régimen sensible que cede cada vez más a esa expoliación. Otro ejemplo es la instalación mediática del problema de la corrupción como única fuente de malestar en la sociedad (enmascarando así sus causas reales, políticas y económicas). En todos estos casos el efecto micropolítico violento sobre la subjetividad resulta a veces más importante aún que la medida que supuestamente se estaba intentando aprobar. No voy a adentrarme en el detalle de estos análisis, pero lo que destaca Rolnik es que a este nuevo tipo de golpe corresponde también una nueva modalidad de la resistencia y nuevas estrategias de combate. Puesto que se trata de una lucha que –la autora entiende– continuará sin fin. Y esto se debe a que la descolonización del inconsciente es una tarea que nunca se termina, y que no deja de enfrentarnos al desafío de enfrentar a las tendencias reactivas "en nosotros mismos y en nuestras relaciones" (p. 177), a los fantasmas por los cuales nos vemos reconducidos a los escenarios habituales de un inconsciente colonizado. Estos son, entonces, los desafíos ante los cuales nunca cesamos de tratar de estar a la altura.

## Vivir sin causa: cartografía de la devastación neoliberal

AGUSTÍN RODRÍGUEZ URÍA  
(FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES - UNIVERSIDAD  
DE BUENOS AIRES - ARGENTINA)



Reseña de Forster, Ricardo, *La sociedad invernadero. El neoliberalismo: entre las paradojas de la libertad, la fábrica de subjetividad, el neofascismo y la digitalización del mundo*, Buenos Aires, Ediciones Akal, 2019, 336 pp.

Recibido el 29 de enero de 2020 –  
Aceptado el 17 de marzo de 2020

Ricardo Forster es, sin dudas, una referencia en el pensamiento argentino a la hora de indagar las opacidades constitutivas del tiempo moderno. Su vasta obra, atravesada transversalmente por su matriz benjaminiana, su valoración de la teoría crítica, la persistencia de un pensamiento emancipatorio y el compromiso, siempre problemático, con la coyuntura política, nos conducen a su nuevo libro recientemente publicado: *La sociedad invernadero*. La propuesta de la obra es adentrarse en el oscuro terreno del capitalismo contemporáneo devenido en su forma neoliberal, para ir hasta el fondo en la búsqueda de una caracterización exhaustiva de la compleja trama de nuestra contemporaneidad. Debemos advertir que la refinada pluma del autor recorre las más diversas filiaciones teóricas y se desplaza, sin preocupación, por una multiplicidad de lecturas no necesariamente coincidentes. Por mencionar solo algunos nombres, se recupera desde el posestructuralismo contemporáneo, ya sea en su vertiente lacaniana (Laclau, Žižek) o foucaultiana (Lazzarato, Negri) hasta los economistas *neomarxistas* alemanes de la teoría crítica del valor (Jappe, Kurz). Pero también, como no podía ser de otra manera, tiene su presencia la Escuela de Frankfurt (Benjamin y Adorno) e incluso se propone una indagación epocal comparativa con los *neorrománticos* alemanes del periodo de entreguerras (Spengler, Jünger) para discutir su determinación vitalista frente al imperio de la técnica y de la racionalización moderna. También se recupera una perspectiva nacional y latinoamericana, tanto por la presencia de pensadores sureños (Casullo, González), como por la forma particular de apropiación de las diversas corrientes europeas a la hora de pensar los problemas de nuestros territorios, evidenciando incluso las limitaciones eurocéntricas de diversos autores para comprender los fenómenos